

Usar



"No uses tu dinero para perseguir el lujo;

úsalo para ver amanecer sin prisa".

El gato "Piltri"

Es primavera, afuera el cielo patagónico empieza a transformarse lentamente: de la oscuridad más profunda empieza a relucir la cordillera desde sus cumbres. Esa imagen no tiene precio, pero tuvo un costo que se creó con años de constancia. Es el resultado concreto de haber aprendido a ahorrar, economizar, organizar e invertir. Antes de llegar aquí hubo un orden que construir; hubo un fondo de emergencia; hubo decisiones sobre consumo que se pensaron detenidamente.

Usar el dinero con intención es un método. Es una forma de vivir. Aquí verá que no necesita esperar veinte años para sentir los resultados. Puede tomar un par de años o mucho menos. En cualquier caso, brindo por los resultados.

Usar con intención

Hasta aquí se hizo lo más difícil. Solo resta cerrar el círculo.

Usar el dinero con intención es la última pieza. No es gastar sin pensar ni guardar por miedo. Es decidir qué queremos construir.

El dinero siempre está en movimiento. La diferencia está en si ese movimiento trabaja a nuestro favor o en nuestra contra. Cuando se entiende el dinero como una herramienta, cada peso tiene una razón para quedarse. Cuando no, cada peso encuentra una excusa para alejarse.

Usar es una práctica. Y como toda práctica, se aprende, se afina y, con el tiempo, se vuelve un hábito.

Este es el momento de elegir para qué se está haciendo el esfuerzo financiero. Un viaje, el retiro, cambiar el vehículo, estudiar algo nuevo o simplemente dejar de vivir con sobresaltos.

Tercera ley: Cada decisión financiera genera una consecuencia proporcional.

Gastar hoy reduce tu futuro; invertir hoy lo amplía.



Fondo de emergencia

En mi caso, mi primer propósito fue construir un fondo de emergencia.

No quería volver a sentir la inseguridad financiera que había vivido. Por eso me propuse juntar el equivalente a tres meses de ingresos. Una meta concreta, alcanzable y lo suficientemente motivadora como para que todo el esfuerzo previo tuviera sentido.

No puse una fecha exacta, porque eso podía convertirse en una frustración. En cambio, me comprometí a avanzar mes a mes. Me tomó siete meses. En ese tiempo destiné todo el ahorro posible y también un aguinaldo.

La gratificación fue enorme. Y entendí que no era el dinero en sí, sino la tranquilidad de saber que tenía un margen real ante cualquier eventualidad. No se trata del número que muestra la cuenta del banco, sino de no sentirse asfixiado económicamente.

Ese proceso confirmó algo que ya había intuido en el camino: los ahorros invertidos suman su propio esfuerzo al ahorro nuevo. El interés compuesto no es solo un concepto, es algo que se empieza a sentir.

Una compra puntual

Si va a realizar una compra importante, considere postergarla al menos un mes. Esto se debe a dos razones: evita la compra impulsiva y le permite planificarla financieramente.

Evitar el impulso de compra es difícil, pero si deja pasar diez o veinte días y vuelve a preguntarse si realmente es necesaria, verá que en la mayoría de los casos la compra era solo un impulso emocional o, de lo contrario verá que puede planificarse con tiempo y no debe realizarse de inmediato.

La frase “lo compro porque me lo merezco” es quizás la causa más frecuente de que la tarjeta de crédito incremente su costo mes a mes. Una compra genera una gratificación inmediata que es difícil de resistir. Reconocerla es el primer paso para no dejarse llevar por ella.

Por otro lado, si pasado ese tiempo la compra sigue siendo necesaria y tiene el dinero separado para comprar, puede pagarla con la tarjeta de crédito y colocar el dinero en una billetera virtual o en un plazo fijo durante ese mes. De ese modo, cumple con el pago y genera un pequeño rendimiento que de otra manera no existiría. Es dinero creado con el tiempo, no con el esfuerzo.

Ese monto, aunque pequeño, es ideal para destinarlo a una inversión de largo plazo en el instrumento que mejor se adapte a su perfil como inversor.

Compras por valor

La educación financiera no es solo protegerse: es vivir mejor. Y vivir mejor no siempre implica grandes gastos. Muchas veces, un uso inteligente del dinero transforma la calidad de vida de manera profunda.

Hay elementos simples que utilizamos todos los días y que influyen directamente en nuestro bienestar. Un par de zapatos de buena calidad, una campera adecuada para el clima en el que vivimos, un libro que nos inspira o un espacio personal bien cuidado pueden cambiar por completo el tono de una jornada. No se trata de lujo, se trata de reconocer las cosas cotidianas que aportan valor real.

Aunque una conexión de alta calidad a internet puede tener un costo más elevado, brinda acceso al trabajo remoto, al aprendizaje digital y al esparcimiento *online*. En el mundo actual, disponer de internet confiable es un componente básico del bienestar.

A veces creemos que algo “es caro” porque cuesta más que sus alternativas. Un zapato económico puede ser más barato, pero durará menos y será menos cómodo. Un libro puede enseñarnos y acompañarnos durante años. En esos casos, la elección correcta es evidente.

La clave es esta: no se trata de gastar más, sino de gastar mejor, porque el precio se paga una vez, pero el valor se disfruta todos los días.

No hablamos de comprar lo más caro porque sí, hablamos de seleccionar con intención lo que usamos todos los días y que impacta directamente en nuestra calidad de vida.

Lo cotidiano

Vale la pena sentarse a pensar en tres o cuatro elementos cotidianos que influyen directamente en nuestro bienestar. Pequeñas cosas que están presentes todos los días y que, con un poco más de atención, pueden hacer mejor el día a día.

Para algunos será el café de la mañana; para otros, las zapatillas con las que entrenan o la música que nos acompaña. Cada persona tiene sus propias “perlas” cotidianas. Lo importante es identificarlas.

Cuando se empieza a disfrutar el día desde algo concreto y elegido conscientemente, algo cambia. Es la diferencia entre atravesar el día sin sentido o habitarlo con cada decisión.

Todo el esfuerzo financiero debe tener un reflejo en la vida diaria: en detalles que recuerden que la economía está al servicio de la vida y no al revés.

Educación y habilidades

No se trata solamente de consumir mejor, sino de construir los cimientos para un futuro mejor. Pocas decisiones tienen un impacto tan profundo y duradero como invertir en educación y en el desarrollo de nuevas capacidades.

Cuando se inicia el camino de la educación financiera, los fondos disponibles para invertir suelen ser escasos. Todavía se está construyendo el ahorro, organizando los gastos y revisando posibles formas de economizar. En este contexto, la mejor inversión posible es en uno mismo.

En 2022, uno de mis principales objetivos fue aprender tanto de finanzas como me fuera posible. Después de varios cursos y capacitaciones, rendí el examen de idoneidad de la Comisión Nacional de Valores. Lo hice por dos razones. La primera, porque sentía la necesidad de demostrarme que había aprendido de verdad. La segunda, porque aprobar abría la posibilidad de nuevos empleos.

Tomé una oferta laboral que me interesó, pero más tarde entendí que no era el camino que quería. Sin embargo, el proceso me demostró algo que no olvidé: la educación real, con esfuerzo y mérito, siempre permite acceder a opciones que antes no existían.

Curiosamente, fue ese mismo recorrido el que me mostró que mi lugar estaba en la vereda pedagógica. Y de esa conclusión, entre otras cosas, nació este libro.

Una nueva habilidad laboral, una certificación o un pasatiempo que puede convertirse en una segunda fuente de ingresos son excelentes puntos de partida para construir estabilidad financiera. La educación no solo puede permitirnos acceder a un mejor puesto de trabajo: también puede abrir ingresos que antes no existían, promover la creatividad, llenarnos de satisfacción y darnos panoramas impensados.

El desafío es que educarse exige pensar a largo plazo. Y cuando la estabilidad todavía se está construyendo, el largo plazo puede parecer muy lejano. Sin embargo, es exactamente en ese momento cuando una buena decisión educativa puede cambiar el rumbo.

Usamos tiempo y dinero hoy con la expectativa de un rédito más adelante. Esa es la lógica de la educación. Y también, curiosamente, la misma lógica del interés compuesto.

La educación no solo transforma el presente: amplía el futuro. Y ese futuro no solo alcanza a quien aprende, sino también a todo su entorno.

Usar para mejorar la vida

A lo largo de todo el libro repetí una idea: el tiempo es más importante que el dinero. Lo dije en el contexto de las inversiones, del interés compuesto, de la constancia. Pero esa idea no es solo para la educación financiera. Es una filosofía de vida.

Al ordenar mis finanzas, recuperé al menos cinco horas diarias. Puede parecer un dato menor. No lo es. Esas cinco horas cambiaron mi vida de maneras que ningún rendimiento financiero podría medir.

Gané salud física y emocional al bajar el nivel de estrés y ansiedad a causa del trabajo.

Tenía tiempo para construir, para trabajar en la huerta, para escuchar buena música, para ver algo que realmente valga la pena y para pensar en paz.

La nutrición no es solo lo que comemos, sino todo lo que nos sostiene. La vida necesita estabilidad emocional, vínculos sanos, un contexto afectivo que sostenga y tener tiempo para disfrutar de la familia, las amistades y las mascotas.

A veces no somos verdaderamente conscientes de cómo el dinero impacta en cada rincón de nuestra vida. Pues como dije al principio, esto no es un cambio al que llegué con motivación de un fin de semana ni con la lectura de un libro iluminado. Es un cambio producto de mucho análisis, esfuerzo y errores que, años después, toman un sentido que jamás habría podido sospechar.

Y eso, más que cualquier número en una cuenta, es lo que significa usar el dinero para mejorar la vida.



Practicando el control financiero

A partir de aquí, el objetivo es transformar el uso cotidiano del dinero en una herramienta que acompañe la vida.

El consumo emocional es parte de la vida moderna, pero cuando domina nuestras finanzas, desordena la vida entera.

Cada gasto cuenta una historia. Algunos hablan de obligaciones, otros de deseos y otros de descuidos. Cuando no hay educación financiera, el uso del dinero se vuelve automático: pagamos, compramos, resolvemos, repetimos. Pero cuando aprendemos a usarlo con propósito, el dinero deja de ser un fin y se convierte en un medio.

A medida que avanzamos en nuestra educación financiera, el consumo emocional debería disminuir considerablemente. No gastamos solo por necesidad. Gastamos por ansiedad, por comparación social, por aburrimiento, por recompensa o frustración. Reconocer estos patrones es fundamental para comenzar a recuperar el control.

Tres preguntas simples pueden ordenar el proceso:

- ¿Qué espero que mejore en mi vida con esta compra?
- ¿Puedo hacer frente al costo sin ninguna complicación?
- ¿Beneficio de forma positiva mi familia y entorno?

Si la respuesta a cualquiera de estas preguntas es no, es muy probable que estemos frente a un impulso emocional y no ante una decisión consciente. Este pequeño ejercicio puede evitar meses de arrepentimiento.

El método 1-15-1

Una vez que identificamos los impulsos, necesitamos una herramienta práctica para frenarlos. Para eso, primero debemos saber cuánto vale un día de trabajo para nosotros. Basta con dividir el ingreso mensual entre los días trabajados. Ese número es más que un cálculo: es una medida del tiempo que entregamos a cambio de dinero.

Con ese dato, podemos aplicar el método 1-15-1:

- **Compras pequeñas:** esperar 1 día. Deben costar menos que un día de trabajo.
- **Compras medianas:** esperar 15 días. Su valor puede equivaler a entre dos y diez días de trabajo.
- **Compras grandes:** esperar 1 mes. Su costo debe superar los once días de trabajo.

El tiempo que tomamos antes de realizar la compra diluye la emoción y permite que la razón participe. Use el dinero para construir, no para compensar.

Laboratorio IV

Un mes usando el dinero con intención

Un ejercicio práctico para transformar el uso del dinero en una herramienta consciente:

Paso 1: Identifique tres gastos que le hacen bien.

Pueden ser pequeños: un libro, una salida con amigos, una clase, un café especial.

Paso 2: Anote el precio de cada gasto.

Ponerle número es ponerle nombre.

Paso 3: Identifique tres gastos que no aportan nada.

Suscripciones olvidadas, compras impulsivas, gastos por ansiedad.

Paso 4: Anote el precio de cada uno.

Es importante ver cuánto cuestan las cosas que no suman.

Paso 5: Redirija el dinero.

Lo que deja de gastar en lo que no aporta, úselo en lo que sí le hace bien y que no tensione su situación financiera.

Paso 6: Registre cómo cambia su bienestar.

No solo su economía: su ánimo, su energía, su claridad.

Este laboratorio no busca gastar menos, sino gastar mejor.

Salud financiera

Cuando empezamos a usar el dinero con intención, aparece algo más profundo: la salud financiera. La ONU la define como la medida en que una persona puede gestionar sin problemas sus obligaciones actuales y sentirse segura respecto del futuro.

Se sostiene sobre cuatro pilares:

- El día a día: gestionar con fluidez las necesidades inmediatas.
- Resiliencia: absorber crisis y recuperarse.
- Planificación: tener un camino claro hacia los objetivos.
- Confianza: sentirse seguro y en control.

Usar el dinero es un acto profundamente personal. No habla de riqueza, sino de prioridades. No habla de ingresos, sino de decisiones. No habla de cuánto tenemos, sino de cómo vivimos.

El dinero no tiene moral, pero revela la nuestra.

No tiene intención, pero amplifica la nuestra.

No tiene dirección, pero sigue la que le damos.

Usar el dinero con propósito es vivir una vida con propósito.

Usar es la última vocal: la que convierte todo lo aprendido en una forma de vivir.

Plan de Acción: Darle sentido al dinero

Usar el dinero con intención cierra el círculo financiero: no es gastar sin pensar ni guardar por miedo, sino dirigir sus recursos hacia lo que de verdad desea construir. Recuerde que el orden y el crecimiento económico deben estar siempre al servicio de la vida, y no al revés. Para consolidar su bienestar diario, siga estos pasos:

1. Defina un propósito concreto para su dinero disponible: cada peso que dirija con un fin claro es la demostración de que el esfuerzo valió la pena. Recuerde que el fondo de emergencia es la primera expresión de este uso inteligente: le dará margen de maniobra, reducirá su ansiedad y convertirá sus ahorros previos en tranquilidad real.
2. Elija calidad en lo que utiliza todos los días: comprar por valor mejora la vida cotidiana sin necesidad de incurrir en grandes gastos. La calidad en los objetos o servicios que lo acompañan a diario tiene un impacto mucho más profundo y duradero en su bienestar que el precio o la acumulación de cosas irrelevantes.
3. Retrase las compras no urgentes para decidir mejor: El tiempo es su mejor aliado contra la impulsividad. Al postergar una adquisición que no es vital, se otorga a usted mismo el espacio necesario para evaluar si ese gasto realmente aporta a su propósito o si es solo una reacción momentánea. Tres o cuatro decisiones bien elegidas elevan el bienestar de todo un mes.
4. Invierta en su educación y en sus habilidades: destinar capital a su formación es el uso del dinero con mayor retorno futuro. Aprender nuevas herramientas, capacitarse en su oficio o profundizar en su educación financiera ampliará de forma exponencial las oportunidades tanto para usted como para todo su entorno.

Usar el dinero con intención no es el final del camino: es la prueba de que el camino existe. Cada peso que se dirige con propósito es la demostración concreta de que ahorrar, economizar, organizar e invertir valieron la pena. Las vocales ya no son solo conceptos. Son una forma de vivir.